

VI

Así como debajo del templo de Júpiter se descubrió el Santo Sepulcro. del mismo modo, derribado el templo de Venus y removidos y separados escombros y tierras, apareció la peñascosa meseta del Gólgota; y aun más: en las excavaciones practicadas al Este del cerrillo quedó al descubierto una como antigua cisterna, y en ella se hallaron las tres cruces de Jesucristo y los dos ladrones, la inscripción, ya medio borrada, que se se puso en la primera, una lanza y los clavos. Pero iguales las cruces, separada y suelta la inscripción no había medio de distinguir la que sirvió de glorioso suplicio al Hijo de Dios.

Generalmente es bastante conocida la historia de la invención de la Santa Cruz, pero como hay en ella ciertos detalles que han sido omitidos por más de un escritor, no será importuno hacer que consten aquí.

En la tierra Santa todo habla de Santa Elena y de los monumentos que ella ha fundado; después de quince siglos, toda la Palestina hace resonar su nombre. Madre de un príncipe que fué el primero después de trescientos años de persecución, en hacer subir con él al trono el cristianismo; á quien la moderna incredulidad no se ha atrevido á disputar el título de Grande sino por la rabia que tiene á Jesucristo; la ilustre emperatriz no pudo ver á su hijo *Triunfador por la cruz*, sin sentir como él un reconocimiento el más profundo, y un ardiente celo por la gloria de aquel cuyo signo milagroso le había anunciado su protección; proviniendo de aquí en la madre é hijo la tierna devoción á aquellos santos lugares y á los trofeos de la Pasión gloriosa de Cristo.

La santa emperatriz, después de haber consultado la memoria de los habitantes, ó inspirada del cielo, mandó, según se dice, á un hebreo habitante en Jerusalén, practicar excavaciones en la parte oriental del Calvario. (En tiempo de los judíos todo lo que había servido para la crucifixión era soterrado en el Gólgota.) Mientras se cumplía su orden, Santa Elena estaba en oración, y arrodillándose en el mismo sitio pronunció estas palabras: «He aquí el lugar del combate, pero ¿dónde está la señal de la victoria? Buscó el estandarte de la salvación y no lo encontró. ¡Qué! ¡yo estoy sentada en un trono, y la cruz del Salvador yace oculta en el polvo! ¡Yo moro en palacios, y el instrumento del triunfo de Cristo está sepultado bajo ruinas! ¿Cómo me creería redimida, si el signo de la redención no fuese visible á todos? Demonio, espíritu maligno, tú eres quien ocultas la espada que te hirió; más Isaac

supo desembarazar los manantiales que los extranjeros habían obstruido, y no permitió que permaneciesen en el olvido; remuévanse pues estas ruinas para que aparezca el manantial de vida; salga á luz el alfange que cercenó la cabeza al verdadero Goliath; ábrase el seno de la tierra para que brille el instrumento de salvación. Padre de la mentira, tú nos ocultas al santísimo madero con la esperanza de vencernos; pero María te ha humillado, dando á luz al triunfador, y sin dejar de ser virgen, fué madre de aquel que desde la cruz te subyugó. Tú serás vencido también hoy, y otra mujer desvanecerá tus asechanzas.»

Los obreros que trabajaban con ardor, hicieron averiguaciones, quitaron las tierras sobrepuestas, derribaron las estatuas con el templo de Venus y los materiales fueron transportados fuera de la ciudad. Cavando profundamente en varios puntos, se dió por fin con el Santo Sepulcro, y cerca de él se descubrieron las tres cruces enterradas; separados de ellas estaban, como queda dicho, los clavos con que se habían traspasado los pies y manos del Señor, así como la inscripción tal como la traen los Evangelistas. Como este título estaba arrancado, no se podía conocer cuál era la cruz del Salvador, y Santa Elena consultó al obispo Macario, quien mandó hacer rogativas para obtener de Dios la gracia de que diese á conocer la verdadera cruz.

Muy luego dió á entender el cielo por un milagro cuál era de las tres cruces el instrumento de la Redención. «A la razón, dice Rufino, había en Jerusalén una mujer conocida de toda la población, gravemente enferma y reducida ya al último trance. El obispo y la emperatriz fueron á su casa con las cruces recién encontradas, y acercándose al lecho de la moribunda, Macario se arrodilló y dijo: Dios omnipotente, que te dignastes salvar al género humano por el suplicio de cruz que sufrió tu Hijo único, y que avivaste en el corazón de tu sierva el ardiente deseo de encontrar el instrumento sagrado en que estuvo pendiente la salvación del mundo, danos á conocer de un modo evidente cuál de éstas tres cruces sirvió para el triunfo del Salvador, y permite que esta mujer agonizante recobre la vida así que la toque el sacrosanto leño.»

El santo obispo hizo tocar las tres cruces á la enferma; al contacto de las dos primeras no produjo efecto, más al aplicarle la tercera quedó instantáneamente curada, de modo que en presencia de los asistentes empezó á recorrer la casa loando y glorificando al Señor, tan fuerte y robusta como si jamás hubiese padecido el menor mal.

A este prodigio la divina misericordia acumuló otro más ruidoso, transmitido por San Paulino y Sulpicio Severo. El mismo día San Ma-

cario encontró un difunto á quien mucha gente acompañaba al cementerio; mandó detener el fúnebre cortejo, y tocó el cadáver con dos de las tres cruces pero en vano; el difunto permaneció inmóvil. Sin embargo, así que lo tocaron con la tercera, el muerto resucitó.

Entre las muchas pruebas que tenemos del modo con que se hizo la invención de la Santa Cruz, y de los milagros que la acompañaron, puede citarse el testimonio de tres autores contemporáneos del suceso: una carta de San Cirilo, obispo de Jerusalén, al emperador Constancio, hijo de Constantino el grande; un pasaje de la Crónica de Eusebio, obispo de Cesárea, y otro en que se refieren los milagros que en su tiempo tuvieron lugar en el Sepulcro del Salvador y en el Calvario, y una carta del Papa Eusebio copiada por Graciano.

Dichosa Santa Elena por haber hallado el tesoro que su corazón antepone á todas las grandezas de la tierra, desde luego adoró en este sagrado madero, dice San Ambrosio, no el madero, sino el Rey de la gloria que había sido clavado en él.

Después de rendido este solemne homenaje, sin perder tiempo, la santa emperatriz mandó un fragmento del venerado leño á su hijo, quien lo recibió en Constantinopla con grandes honores, y dispuso que parte de él se colocara en un yelmo, para que le sirviera de salvaguardia en los combates. Otro fragmento fué enviado á Roma para la iglesia que la misma Santa Elena fundó en aquella ciudad bajo la advocación de *Santa Cruz en Jesusalén*, donde aun se venera actualmente junto con el título que se había fijado sobre la Cruz del Salvador. El trozo mayor, encerrado en preciosa caja de plata, se dejó en Jerusalén en la iglesia de la Resurrección ó del Santo Sepulcro, que se llama también basílica de la Santa Cruz, y confiése su custodia al obispo Macario.

Luego principió la piadosa costumbre de exponerla á la pública veneración de los fieles en el día del Viérnes Santo, en cuya ocasión se prosternaban ante ella primeramente el obispo, y después el clero y el pueblo, viniendo de aquí la ceremonia que en igual día se hace todos los años en las iglesias católicas; ceremonia en la que el preste, descubriendo la cruz, dirige al pueblo fiel las palabras más á propósito para penetrarle de dolor, reconocimiento y amor:

Ecce signum Crucis, in quo salus mundi pependit: Venite, adoremus.

A Constantino se debe la supresión del más cruel y más ignominioso de los suplicios. Inspirado por su respeto á la Cruz, prohibió que en lo sucesivo los malhechores fuesen crucificados; los tribunales obedecieron, y desde entonces esta especie de castigo no se encuentra en ninguno de los códigos penales de las naciones cristianas.

En el reinado de Heraclio, Cosroes II se apoderó de la Ciudad Santa, saqueó las iglesias y se llevó la Cruz del Salvador. Catorce años después, en el de 628, el emperador Heraclio venció al rey de Persia, libertó á gran número de cristianos cautivos y recobró del sucesor de Cosroes la verdadera Cruz, que el emperador envió á Jerusalén como el más precioso trofeo de la victoria. El mismo, despojado de las insignias de la realeza y descalzo la llevó sobre sus hombros en 14 de septiembre de 629 por las calles de la ciudad hasta el Calvario, seguido de su corte y de inmensa multitud poseída de gozoso entusiasmo, siendo éste el origen de la fiesta de la *Exaltación de la Santa Cruz*, que anualmente celebra la Iglesia.

Tomada Jerusalén por los musulmanes, los cristianos de la Ciudad procuraron esconder la cruz á sus pesquisas; créese que entonces, para mejor lograrlo, fué dividida en fragmentos, con los que se enriquecieron sucesivamente varias iglesias cristianas, si bien quedando aún entera una gran parte que saludaron con alborozo los cruzados vencedores en el año 1099. «De esto, dice una crónica antigua, quedaron los cristianos tan contentos como si hubiesen visto el cuerpo de Jesucristo pendiente de la Cruz».

Poco después vemos á los caballeros cristianos salir de Jerusalén precedidos del patriarca Arnoldo que llevaba la Santa Cruz; en esta forma marcharon contra el califa del Cairo que avanzaba hacia Escalón. Adornada con guarniciones de oro y piedras preciosas fué, durante la dominación latina, el santo lábaro que llevó á la pelea á los guerreros cristianos.

En la desastrosa jornada de Hittin, la Santa Cruz cayó en poder de Saladino. Llevábala el obispo de Tolemaida, quien habiendo sido herido mortalmente, la entregó al obispo de Lydda; éste cayó prisionero, lo mismo que el rey y cuantos la defendían. Emad-Eddin, autor musulmán, refiere este hecho desgraciado del siguiente modo: «La gran Cruz, dice, fué tomada en presencia del rey, y muchos *impíos* (quiere decir cristianos) se dejaron matar cerca de ella. Cuando se la quitaron, los infieles se arrodillaban humillando su frente. Dicen que es el propio madero en que fué crucificado el Dios que ellos adoran. La habían enriquecido con mucho oro y piedras preciosas; la sacaban en los días más solemnes, y cuando sus sacerdotes y obispos la mostraban al pueblo, todos se inclinaban con respeto. Consideraban como el primero de sus deberes defenderla; su pérdida les fué más sensible que el cautiverio de su rey; nada pudo consolarles de semejante desgracia». Hasta transcurridos treinta y dos años, cuando la toma de Damietta, no volvió en

poder de los cristianos. A contar de aquella época, el precioso leño ha sido más y más dividido, y se encuentran de él fragmentos en todas las comarcas del mundo.

Prescindiendo del fragmento que hay en Roma y del de Constantinopla, léese en la *Historia de la Noruega por Torfeo* que el rey Sigard pidió y obtuvo, en premio de los servicios que había prestado á los cruzados en el sitio de Sidón, con sus diez mil noruegos, un pedazo de la verdadera Cruz, que al regresar á su patria depositó en la ciudad de Konghell. Valdemaro III, rey de Dinamarca, obtuvo también un fragmento, del papa Urbano V, á condición de que partiría á la conquista de los Santos Lugares. Otros muchos fragmentos han venido á Europa por conducto de Constantinopla. El de Constantino lo alcanzó Dandolo, quien lo regaló á la República de Venecia; Felipe Augusto llevó otro á Francia, que se conservó en la Santa Capilla hasta el año 1791, y luego en San Dionisio, de donde se devolvió á su antiguo lugar después de libertarse de la Convención en 1793. Otro fué recogido de un modo bastante curioso cuando la toma de Constantinopla, por el abate Martín, del Monasterio de París, en la Alta Alsacia, y llevado á este convento. En seguida fué repartido entre varias abadías de Alsacia.

Uno de los clavos hallados junto á las cruces fué engastado en preciosa diadema que circundaba un casco de guerra; enviado por Santa Elena á su hijo, lo miraba éste con predilección especial á juzgar por la frecuencia con que lo reproducen sus medallas. Se conservan uno en Roma y otro en París, y son varias las iglesias que dicen poseer clavos de la Cruz de Nuestro Divino Redentor. Nótese acerca de este particular que muchos serán reliquias santificadas, es decir, objetos que han tocado las verdaderas reliquias ó han mezclado en su composición alguna partecita de ellas.

He aquí como el abate Mislín se expresa acerca de esto: «Algunos hombres, dice, tan pérfidos como ignorantes, para hacer burla de la piedad de los fieles, se complacieron en multiplicar indefinidamente estas santas reliquias para desvanecer su autenticidad; entre otros, Calvino cuenta hasta catorce ó quince *verdaderos clavos*, de los cuales hay varios de que nunca se ha oído hablar. Por lo demás, los mismos católicos los han multiplicado, pero véase de qué modo: Limábanse los *verdaderos clavos*, y se mandaban hacer parecidos á aquéllos, mezclando una pequeña cantidad de esas limaduras; muchas poblaciones se tenían por dichosas por tener alguno, sabiendo de qué estaban compuestos. Es de notar que el verdadero clavo que hay en Roma no tiene punta; ha sido limado por el motivo que acabamos de expresar. San Carlos Bo-

romeo, que en materia de reliquias era sumamente severo y escrupuloso, no tenía reparo en distribuir clavos semejantes al de Milán, después de tocarlos con éste: uno lo dió á Felipe II.»

La iglesia del Santo Sepulcro fué repuesta. Mas como era extrema la pobreza de los religiosos católicos, y no recibían recursos proporcionados á la grandeza de la empresa, se vieron forzados á cederla á los griegos y armenios, que siendo muy ricos pudieron ejecutarla á su costa. Por su opulencia se procuraron privilegios de la puerta otomana que jamás han conseguido los Padres de la Tierra Santa.

La imposibilidad en que se han encontrado los latinos de tener la principal parte en la reedificación de la iglesia, les ha ocasionado perjuicios dignos de afligir un corazón católico. En otros tiempos solos pacíficos poseedores de la mayor parte de los Santos Lugares, se han visto ahora forzados á partir con extranjeros ese inestimable tesoro, del que habían sido dueños por tan largo tiempo, y que habían defendido solos contra los turcos al precio de su sangre y de su vida.

Los griegos y los armenios aseguran que los gastos, incluyendo los regalos que han debido hacer para obtener los permisos necesarios, exceden de veinte millones de reales de vellón.

Orgullosos los griegos con sus riquezas no las han empleado ni las emplean para otra cosa que oprimir á los latinos que miran con tanto desprecio como un conquistador á los vencidos. Una sola palabra de los príncipes cristianos á la puerta otomana podría hacer que cesase este estado de cosas; pero nadie se atreve á pronunciarla. Un ministro de una grande potencia en Constantinopla, á quien un celoso prisionero representaba humildemente y en nombre de Jesucristo crucificado el triste estado de los Santos Lugares, implorando su poderosa protección, le respondió: «¡Qué!; por cuatro piedras queréis que la Europa y el Asia venga de arriba á bajo!...»

¡Respuesta sacrílega, y tanto más absurda en cuanto no se trataba más que de una simple recomendación para el ministro otomano! ¿Y qué? Si todos los santuarios de Palestina pertenecían á los latinos que los han pagado cien veces con su oro y su sangre, ¿hay que extrañar que los defiendan contra aquellos que les han arrebatado más de la mitad y que sin cesar inventan artimañas cuando no recurren á la violencia, para hacerse con el resto?

Si no fueron los griegos los autores del voraz incendio del segundo lustro de este siglo, lo cierto es que sacaron del mismo gran provecho con mayor detrimento por parte de los católicos. Los Franciscanos que á la sazón eran los únicos representantes en Jerusalén del catolicismo,